



## LA OPINIÓN

FERNANDO SÁNCHEZ

## De rectores, ranas y príncipes

Yo que no soy biólogo, pero sí de pueblo, les comentaré que de pequeñito como no tenía play station, me entretenía con mis amigos, entre otras anécdotas y lamentablemente, en hacer mil perrerías a pequeños animales, con especial inquina a las ranas.

Como entiendo, pues, de torturas innecesarias y de anuros sé dos cosas: que voy a ir al infierno, dónde me encontraré con la mayoría de ustedes, y que es imposible echar una rana en un recipiente con agua hirviendo, porque cuando nota el cambio intenso de temperatura, salta fuera del agua, como un resorte.

Así pues, si quieren cocer una rana viva, métenla en la cazuela con agua fría para, poco a poco, ir elevando la temperatura, ya que al no percibir el cambio brusco de calor tendrán un batracio cocido. La paradoja es que el anfibio, por adecuarse tan rápido y tan bien a la condición adversa del calor, muere por exceso de adaptación; absurdo, pero cierto.

No menos cierto es que muchos profesores de la Universidad de Salamanca croábamos de disgusto con el programa Docentia, una de mis neurosis obsesivas, como saben ya por columnas previas. Sabíamos que el invento, el no va más de la innovación, de la adaptación, y de la evolución docente, según sus escasos mentores, había producido escaldaduras de cuarto grado en bastantes profesores del pequeño porcentaje ya evaluado. Al resto se nos había puesto cara de anfibio cocido, recordando el programa que aplicaba Tomás de Torquemada a herejes y conversos: sumersión en puchero hirviendo y hoguera.

Alguien del Rectorado se dio cuenta de que a lo peor no compensaba la aventura de realizar un intento de adaptación brusco a requisitos docentes ridículos, desde autoanalizar lo bueno que soy, hasta valorar si anuncio y vendo mi docencia, que si lo que cuentas en clase está bien o mal, da igual. El posible titular de prensa informando de que nuestra Universidad, tras ochocientos años de singladura, no tenía ni un 5% de profesores excelentes, e incluso que muchos de nosotros habíamos renunciado a someternos al engendro, preocupaba y de qué manera.

Los resultados iniciales del

Docentia indicaban que no estábamos preparados para una adaptación tan rápida, y eso que cabe pensar que, en las primeras convocatorias, se habían evaluado las mejores ranas, las que saltan de la cazuela con mayor facilidad, patas más fuertes, piel brillante, boca proporcionada y croar intenso y excelso.

El rector y su equipo, sino todo, la mayoría absoluta, avistaron por dónde evolucionaba el asunto, y asumieron que eran muchas ancas de rana para que se las comiera un único equipo de Gobierno, por no hablar de tener que apaciguar a tan importante número de anfibios con síndrome *burn out*. O adaptaban el programa, o quizás el entierro no sería sólo de las ranas, sino también de alguno de los raneros, probablemente los más inquisidores, y quién sabe si hasta del dueño de la charca.

Y como en un cuento infantil de príncipes y ranas, el rector analizó, valoró y suspendió, cuando menos temporalmente, el programa Docentia, para realizar un análisis profundo de su conveniencia y utilidad. Se pretende abrir una vía rápida para quienes deseemos manejar una solicitud directa y sencilla, nada de peticiones jeroglífico, que quedarán reservadas a la supuesta excelencia promovida por el Docentia.

No habrá autoanálisis, ni personalizaciones, al pan, pan y al vino, vino, tantas clases das, tanto te evalúan los alumnos, tanto vales. De sabios es rectificar y adaptarse, como ha hecho de manera inteligente el rector.

El mecanismo de la evolución propone, según Darwin, que ante condiciones adversas, una especie sobrevivirá si sabe enfrentarse a ellas, si las evita con inteligencia, y sobre todo si se adapta poco a poco, no de manera rápida y brusca, como hacen las ranas al agua caliente para morir. El rector que no reconozca errores y que no se adapte a las circunstancias, verá a sus docentes, PAS, y alumnos, convertidos en batracios escaldados, y se quemará las manos, la barba, y el sillón, llegado el caso.

En nuestra Universidad, con una rana, y de piedra, es suficiente, no vayamos a morir por exceso de adaptación y modernidad desenfadada. ¡Chapeau! señor rector. ¡Croak, croak!